

Arquitrave



**Nuno Júdice • Jacques Prévert • Jean Sénac • Verano Brisas
Raúl Artola • Nguyen Quang Thieu • Carlos Enrique Sierra
Marco Antonio Valencia • Gonzalo Escarpa • Luis Panini**

Días como rostros

Los días van pasando como rostros
o como islas que jamás soñamos
y somos los Ulises de Odiseas
que nunca cesan de desesperarnos.
Lejos aún la arcilla del silencio
total en el que habremos de encontrarnos
consultamos en todos los relojes
la hora del amor y el desengaño,
Los días van pasando como puertos
sin luces que se acercan a alumbrarnos.
¿En dónde el faro azul que nos oriente
y la canción, el beso y el abrazo?
Amadas del ayer son brumas, sombras
cuyos nombres mejor es olvidarlos.
Solo nos queda el ibis de los vinos
picoteando el ardor de nuestros labios.

Alberto Rodríguez Cifuentes

Cartago, 1939-1976

Arquitrave

Harold Alvarado Tenorio • Director

Héctor Gómez Guerrero • Secretario de Redacción

<http://www.arquitrave.com>

ISSN: 1692-0066

Año V # 31

Junio de 2007

Arquitrave se publica con el patrocinio de Alberto da Costa e Silva, Antonio Caballero Holguín, Cristina Peri Rossi, Consuelo Triviño Anzola, Daniel Balderston, D. de J. Cordero, Elkín Restrepo, Héctor Gómez Guerrero, José Prats Sariol, J. D. García Mejía, J. M. González Martel, Luís Antonio de Villena, Pedro Granados, Raúl Rivero Castañeda, Ricardo Aguirre Piñeros, Rigas Kappatos, Rowena Hill y William Ospina.

LA POESÍA DE NUNO JÚDICE

João Rasteiro



*En contraste con el estrecho horizonte portugués, recuerda Nuno Júdice para el **Jornal de Letras**, una ida a Francia en 1965 después de terminar el quinto año, para hacer un curso de historia de la pintura, me abrió al conocimiento de la poesía francesa, y también del teatro, gracias a mi compañero de viaje, que me llevó a espectáculos tan diversos como el Huis Clos, de Sartre, al music-hall de Moulin Rouge [...] Al final del liceo ya pasaba parte de mi tiempo escribiendo, aprovechando el tedio de algunas clases para hacer junto con un colega un periódico manuscrito [...] Al entrar a la Facultad de Letras descubrí un ambiente plácido y neutro, que en breve iría a cambiar. La colaboración*

en el «Juvenil» del Diario de Lisboa me ligaba, naturalmente, a la izquierda [...] Comencé a publicar, gracias a Fernando Assis Pacheco que me pidió un original, de donde resultó en 1972, La noción del poema, y ese juego con el objeto que es el libro ya no paró más [...]

Si por un lado podemos afirmar que Nuno Júdice es uno de los nombres más importantes de la poesía portuguesa, además de su importancia a nivel de la ficción, por otro lado, y de cierta forma, todavía es un tanto desconocido del público en general. Pudiendo la poesía de Júdice ser considerada poesía pura y limpia, es con todo, en su esencia, una poesía que remite a muchos abordajes en torno a lo poético, incluso en el espacio de la contemporaneidad y en la sociedad post-moderna, con el predominio del «lenguaje» de consumo, el gusto por lo efímero y de las experiencias de la vida inauditas, tornando la mirada del sujeto lírico como un espejo reflector de paisajes y espacios que se cruzan de forma casi apocalíptica. La vida atribuida a esos «personajes»: ciudad, aldea, el sujeto pesante y el propio poema, el blanco y el negro, tornan así más compleja una poesía que de cierta forma es una corriente de agua transparente y colorida, desbordando en varias direcciones.

Una de las marcas dominantes de su creación lírica es la persistente reflexión sobre la práctica literaria y las reflexiones entre escritura y conocimiento de la literatura y la cultura en lengua portuguesa en su «obligatorio» diálogo con la cultura occidental. Se asiste a una permanente reflexión, entrecruzada entre literatura y ciencia, poesía y filosofía, donde lo poético indaga permanentemente la función del ser, la temporalidad y la existencia en el marco de una «globalización» en la que nos encontramos «clavados o crucificados». Por supuesto, muchas de esas reflexiones e indagaciones vienen impregnadas de ironía y sobre todo del fingimiento pessoano, una vez que la refiguración del mundo y del lenguaje es escenificada en el propio texto poético y literario. Se

podría incluso afirmar, que la poesía de Júdece es un espacio privilegiado donde el poeta es un *voyeur* profesional que observa el «mundo objetivo» y lo transforma a través de la subjetividad, estableciendo una mirada crítica donde el contraste entre el mundo exterior y el interior, lo real y lo imaginario, las palabras y el silencio, permiten al lector delinear paisajes y espacios o corrientes de «agua fresca», a fin de retomar el sentido de lo que se ve, o al menos otro sentido a través de un espejo de agua cristalina y límpida. Uno de los espejos recurrentes en la poesía del poeta es la ventana sobre la(s) ciudad(es). El poeta, en permanente reflexión y cuestionamiento, a través de imágenes o *flashes*, solicita nuestra «solidaridad» en el entrecruzar de miradas por las ciudades, por el espacio que nos alimenta y aniquila, intentando repensar el sujeto y el mundo, o al menos «un mundo» que nos rodea y es familiar. Como ya dije, desde siempre emergió de la poesía de Júdece una escenificación del sujeto ficcional, de ahí que ella esté poblada de «biografías imaginarias», en una recurrente y múltiple indagación del acto poético, soportado todos los «olores de los muertos» (sin preocuparse con «la angustia de la influencia» como nos es presentada por H. Bloom), en una escritura que admite toda una relectura de un enorme saber literario, incluso si esa «irrupción nocturna» de sombras interiores, (¿memorias?) del sujeto literario o del interior de la tierra, resulta muchas veces interrumpida y «colocada en sentido» por las interferencias irónicas de lo cotidiano.

Nuno Júdece es hoy una voz en permanente lucha contra lo indivisible de la palabra y de la poesía. Esta es todavía el misterio, la creación y la revelación del absoluto y lo sagrado, que Júdece intenta con sufrimiento modelar en las formas que la lengua colocó a su disposición o en la «libertad» que el lenguaje le permite y «autoriza». Es lo inconmensurable, lo que él busca dominar en la

convivencia pertinaz de cada momento y en el saborear de cada acto ante la luz que lo ilumina y ciega al mismo tiempo, aun sabiendo de la imposibilidad de capturar lo indefinible que nos alimenta la garganta de las voces. Por eso, como refiere la poeta brasileña Vera Lúcia de Oliveira: «*Nuno Júdice no desprecia el recurso al inconsciente, al sueño, a la bruma, a las mañanas de Otoño e Invierno, a las atmósferas en que lo onírico es asumido de forma profusa, impetuosa y barroca y en que los vocablos se asocian de modo aparentemente caótico, arrastrando lo puro e impuro de la memoria*». Luego, el poeta insiste en una búsqueda del sentido íntimo y visceral de cada momento y cada elemento, sea físico o espiritual, esencialmente en el seno de la naturaleza, visitada por el poeta de forma insistente, sea a través de la palabra, del eco, o del silencio perteneciente a esa misma naturaleza. Y agrega: «*Lo sorprendente en este poeta es que, aunque su poesía parezca inclinada sobre sí misma, sin historicidad y sin ambición de proyectarse activa e incisivamente en la realidad, en realidad para Nuno Júdice la poesía tiene una función altamente humanizadora, de pesquisa y conocimiento de nuestra existencia más íntima, es actividad cognitiva por excelencia y de ella no podemos prescindir*». Y es que la poesía es la palabra, y la palabra el lenguaje que nos desafía, atormenta y domina (aun cuando el poeta prefiera fingir, insinuando lo contrario), de ahí la necesidad de persistir, escribiendo y respirando, porque el lenguaje es la vida y la muerte, y nuevamente la vida que brota.

Nuno Júdice en permanente búsqueda del «espíritu» de la poesía, normalmente construye el poema analizando los mecanismos de construcción y relaciones del mismo. Es como si utilizase una estrategia que nos llevara a viajar por dentro del poema, como si nos fundiéramos en sus múltiples y complejas opciones, como si camináramos a sabiendas tanto de lo que el autor recorrió y escogió, como de lo que excluyó, en un proceso de escritura que, más

allá de su calidad, es favorecido por la originalidad que el «olor de los muertos» permite y alienta, sin lo cual la poesía moderna en cuanto tal no podría existir, salvo metamorfoseándose en otros olores. Toda la obra de Júdece, vista en determinada perspectiva, se asemeja a un inmenso diálogo auto-reflexivo e interrogativo, en el que el poeta tantas veces se auto-indaga, en un sufrimiento que se adivina hasta el último aliento de la carne: «¿Para qué/escribir?» y «¿Qué queda/en las palabras / de aquello que se vivió?», como si fueran las últimas palabras de un condenado, pues la poesía no tiene, ni deberá tener ninguna utilidad práctica, ella sólo se explica existiendo. La poesía no cambiará nada de este «nuestro mundo», pero, este mismo mundo tal vez ya no pueda pasar sin la poesía, incluso si todavía no se dio cuenta de ese hecho. La poesía es apenas el eco del asombro que germina la palabra en la aprehensión directa de la «realidad» de la luz.

Nuno Júdece, con una poesía aparentemente límpida, pura, equilibrada y, al mismo tiempo innovadora, es una voz siempre con el fingimiento sagrado y necesario de la palabra, que hace de la circunstancia y el reenvío, pretextos para la narración de las vivencias que nos rodean, a través del lenguaje que nos alimenta y construye. La palabra siempre demostrando la idea «de que más fuerte que todo es el deseo de vivir». Como refiere Nuno Júdece en el poema «Amor»: *Un poema, dices, donde/ el amor se exprese, todo/ resumido en palabras.// ¿Pero qué queda/ en las palabras/ de aquello que se vivió?// Un polvo de sílabas,/ el ritmo pobre de la/gramática, rimas sin nexos.../*

NUNO JÚDICE

Tarde con el sol

Las cosas simples se dicen de prisa; tan de prisa que no logramos que las oigan. Las cosas simples se murmuran; un murmullo tan bajo que no llega a oídos de nadie. Las cosas simples se escurren por los estantes de la tienda; tan leves que nadie las compra. Las cosas simples fluctúan con el viento; tan alto, que no se ven.

Así son las cosas simples: tan simples como el sol que golpea en tus ojos, para que los cierres, y las cosas simples pasen como sombra sobre tus párpados.

Ejercicio

Cojo un pedazo de silencio. Lo parto al medio, y de adentro le veo salir las palabras que quedaron por decir. Unas, las meto en un frasco con el alcohol de la memoria, para que se transformen en licor de remordimiento; otras, las guardo en la cabeza para decirlas, un día, a quien me pregunte qué significan. Pero el silencio de donde salieron las palabras se vuelve a esparcir sobre ellas. Bebo el licor del remordimiento; y saco de la cabeza las otras palabras

que allá quedaron, hasta que el ruido desaparezca, y sólo quede el silencio, intacto, sin nada por dentro.

Pronósticos

¿Qué decían ellos?

Que la peste venía y teníamos que prepararnos.

¿Qué más decían?

Que el mar se iba desbordar y quedaríamos debajo del agua.

¿Y qué más?

Que el sol agrietaría la piel y los dedos caerían como frutos secos.

¿Y qué más, todavía?

Que andaríamos a gatas, sin ver más allá de la nariz.

¿Sólo eso?

Y también que siempre sería noche, más negra que un pelo de momia.

Todo eso decían, y mucho más dirían aún si no hubiera comenzado a llover: agarraron los paraguas, y echaron a correr hacia los autobuses, como si fuese el fin del mundo.

Interrupción de viaje

Cuando estacioné en la bomba de gasolina, de noche, sin saber si había alguien para atender, o si tenía que regresar a la carretera y estacionar en la siguiente, que no sabía

dónde era, ni si la gasolina daba para llegar, una luz se encendió en el contenedor que tapaba la entrada de lo que había sido un bar o un estante de tabacos y periódicos, y alguien me hizo señas de que podía llenar el depósito. En la soledad de las noches de otoño no hace falta mucho para descubrir que la existencia de alguien puede compensar el silencio y el vacío que nos rodean; y cuando acabé de echar la gasolina, fui al contenedor donde un matrimonio me esperaba para recibir el dinero, registrando el pago con la distracción de quien no le importa que cualquier otro hubiera pasado por allí para interrumpirlos, con el pretexto de la gasolina para descubrir que el amor también puede llenar un contenedor, en medio de la noche, hasta que alguien llegue.

Cena

En la cena, tuve una ninfa
de postre. Le quité el vestido
y quedé con la pulpa
en las manos. Separé los brotes
de sus senos, aparté
su piel, le solté de los cabellos
los huesos, y vi el fruto abrirse
en un collar de rosadas perlas. Hice
que su jugo me corriera
por las manos, y lo bebí en la taza
de sus labios. A la cena,
con una ninfa desnuda
en un plato de postre,
esperé por el café; y como

no llegaba, vacié el plato,
y quedé con hambre.

Vigilia blanca

Las sillas donde nadie se sentaba fueron a dar a la basura.
Partidas, tablas podridas, también podrían
haber servido de leña, si hubiese alguien
que necesitara de encender la estufa para calentarse.
Pero hace mucho que nadie se reúne en esta mesa
donde el último mantel se pegó a la madera, con
la humedad de los inviernos que sucedieron a los inviernos,
acumulando soledades en el fondo del vino
seco de las botellas olvidadas.
Pero abrí la cortina,
para ver si alguien llegaba;
y los campos se extendían hasta el límite
de las colinas y del bosque;
algunos animales todavía pastaban;
y si alguien se divisaba, luego desaparecía, como si no
hiciese parte del paisaje.

Aparto la casa vacía de mi horizonte.
Bajo sus tejas, los campesinos vaciaron los barriles
del último aguardiente; y los chillidos del puerco degollado
resonaron por las grietas del fondo,
cuando el viento del norte soplaba.
En los caminos de tierra, los viejos de pies descalzos
no sentían las raíces ásperas o las piedras, como si
una suela de piel se les hubiese pegado a los pies;
y un silencio

negro envolvía sus ropas -el silencio que
les serviría de mortaja, en los velorios sin nadie,
a no ser las sombras de la noche.
¿Qué queda de su memoria?
Pasos apagados por las lluvias,
nombres que ninguna piedra registra,
rostros que se perdieron en las madrugadas
de neblina, las más frías entre la navidad y el fin de año.

Pero me siento con ellos en esta casa de nadie, y
les sirvo el vino de la noche, para que apaguen su sed.

UN POETA EN LIBERTAD

Daniel Bermond



¿Qué es lo que cabría que destacar de Jacques Prévert (1900-1977), fallecido hace ahora exactamente veinte años? ¿El poeta o el guionista de cine? ¿El autor de canciones o el compañero de los surrealistas? ¿El amigo de Picasso o el paseante solitario del viejo París? ¿El provocador o el autor de cuentos infantiles? Sin duda no ha de eliminarse nada de la trama de una obra y una existencia íntimamente ligadas.

«Jacques Prévert parece hablar incluso cuando escribe. Es un hombre de la calle y no de la literatura» Esta reflexión de Georges Ribemont resume a este personaje nacido al comenzar el siglo en

Neuilly-sur-Seine, cerca de París, en un medio social de una pequeña burguesía demasiado devota y de cuyas obsesiones y convencionalismos no dejará de burlarse. Con Prévert aparece un universo aparte que huye del orden dictado por Dios, y por los «contralmirantes» (una de las numerosas figuras sociales de las que se mofa). El lirismo reina en los objetos más comunes y los calambures y juegos de palabras le dan la oportunidad de expresar toda la fuerza de su poder de invención y de destrucción.

Encuentra poesía en todas partes, en la esquina de una calle, en la comisura de unos labios, en la esquina de un *collage*. En **Palabras** (1946) -su primera obra poética publicada, gracias a la cual accedió muy a su pesar, a la categoría de escritor, cuando él se veía más bien «como hombre de mano que como hombre de pluma» en **Espectáculo** (1951) o en **La lluvia y el buen tiempo** (1955)- aflora en cada página una estética rocambolesca, irrespetuosa de todos los conformismos y delirante sobre las cosas de la vida.

Canciones, poemas en prosa o en versos libres... Muchos de ellos, en particular en **Palabras** datan de los años en que Prévert se relacionó con los surrealistas, de los años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial en los que creó el Grupo Octubre, líder de la bufonada cáustica. Pero en el fondo, ¿acaso no era él mismo un escandaloso, con esa intransigente voluntad de preservar su libertad en cualquier circunstancia? «*contratado a mi pesar en la fábrica de ideas/ Me negué a fichar/ Movilizado del mismo modo en el ejército de las ideas/ Deserté*» escribe en **Unas cosas y otras**, su último libro de poemas publicado en 1972. En 1930 rompió con André Breton -representante de los surrealistas- demasiado autoritario para su gusto, y algo más tarde se alejó también del partido comunista en el que nunca llegó a militar. De hecho, bajo las órdenes de Moscú, su jefe Maurice Thorez volvía a descubrir a Juana

de Arco y aderezaba con virtudes el viejo patriotismo, Prévert siguió manifestando su antimilitarismo a toda prueba y su pacifismo no hizo ningún tipo de concesión.

¿Debemos entonces hablar de los años de madurez? En esta época debuta como guionista cinematográfico. Primero fue el guión de **El crimen del señor Lange** (1935) de Jean Renoir, sobre el que imprime el fresco aliento de su postura social contestataria. La música es de Jean Wiener, pero oímos por primera vez una canción firmada por un compositor de origen húngaro llamado a trabajar en complicidad con Prévert: Joseph Kosma.

Es evidente que su encuentro con el realizador Marcel Carné es un gran momento de su carrera. El tándem que componen se estrena en 1936 con **Jenny** y prosigue, a veces incomprendidos por la crítica, con **Extraño drama** (1937), **El muelle de las brumas** (1938), **Amanece** (1939), obras interpretadas por artistas tan mágicos como Jean Gabin, Louis Jouvet, Arletty, Jules Berry, Michel Simon o la joven Michèle Morgan.

En **La fuerza de la edad**, Simone de Beauvoir muestra el lugar eminente que ocupa Jacques Prévert entre la gente del cine, con quien se reúne en el Flore, la famosa *brasserie* de Saint-Germain de Prés: «*Entonces su dios, su oráculo, su maestro era Jacques Prévert, cuyos poemas y películas veneraban e intentaban imitar su estilo y su ingenio. También nosotros saboreábamos los poemas y canciones de Prévert. Su anarquismo soñador y un tanto extravagante nos convenía perfectamente.*»

Prévert hace con Christian-Jaque **Los desaparecidos de Saint-Agil** (1938) y con Jean Grémillon, **Remolques** (1941) y **Luz de verano** (1943), pero es su colaboración con Marcel Carné la que contará. En plena ocupación nazi ruedan en malísimas condiciones esa joyita de trova medieval que son **Las puertas de la noche** (1942), y luego antes de la Liberación, **Los hijos del Paraíso**

(1945) considerada como una de las mejores películas de la historia del cine a la que contribuye la interpretación de Arletty -la inolvidable Garance-, de María Casarès, Pierre Brasseur y Jean-Louis Barrault. Un himno a la vida y al amor que uno no se cansa de ver una y otra vez.

El ridículo y la vanidad de los poderosos, la frágil belleza de los enamorados: la obra de dibujos animados **El rey y el pájaro** encierra toda la virulencia satírica y la ternura humanista de Jacques Prévert.

Prévert explotó en sus canciones con la misma inspiración precisamente esta manera incomparable de declamar la vida y el amor. Habrá sido autor de un sinnúmero de textos interpretados por cantantes de primer orden, de Juliette Gréco a Mouloudji, de los Frères Jacques a Catherine Sauvage, de Serge Reggiani a Yves Montand. **Las hojas muertas**, retomada por Frank Sinatra, Bing Crosby o Miles Davis, y Barbara figuran entre las más famosas, pero quedan muchas otras que podríamos tararear.

JACQUES PRÉVERT

Las hojas muertas

Ah, yo quisiera tanto que tú te acordaras
de los días felices donde nosotros éramos amigos
En ese tiempo la vida era más bella
y el Sol brillaba más que los días

Las hojas muertas se rastrillan hacia los desperdicios
-Tú sí, yo no he olvidado
Las hojas muertas se rastrillan hacia los desperdicios
Los recuerdos y lamentos también

El viento del norte los transporta
hacia la noche fría del olvido
y yo, no he olvidado
la canción que tú me cantabas

Es una canción que nos reúne
Yo te amé, tú me amaste
vivimos juntos
amándonos, amándonos

Pero la vida separa a aquellos que se aman

El fusilado

Las flores los jardines las fuentes las sonrisas
y la alegría de vivir
Un hombre está caído y bañado en su sangre
Los recuerdos las flores las fuentes los jardines
Los sueños infantiles
Un hombre está caído como un bulto sangriento
Las flores las fuentes los jardines los recuerdos
y la alegría de vivir
Un hombre está caído como un niño dormido.

El escolar perezoso

Dice no con la cabeza
pero dice sí con el corazón
dice sí a lo que quiere
dice no al profesor
está de pie
lo interrogan
le plantean todos los problemas
de pronto estalla en carcajadas
y borra todo
los números y las palabras
los datos y los nombres
las frases y las trampas
y sin cuidarse de la furia del maestro
ni de los gritos de los niños prodigios

con tizas de todos los colores
sobre el pizarrón del infortunio
dibuja el rostro de la felicidad.

Desayuno

Echó café en la taza.
Echó leche en la taza de café.
Echó azúcar en el café con leche.
Con la cucharilla lo revolvió.
Bebió el café con leche.
Dejó la taza sin hablarme.
Encendió un cigarrillo.
Hizo anillos de humo.
Volcó la ceniza en el cenicero
sin hablarme.
Sin mirarme se puso de pie.
Se puso
el sombrero.
Se puso
el impermeable
porque llovía.
Se marchó
bajo la lluvia.
Sin decir palabra.
Sin mirarme.
Y me cubrí
la cara con las manos.
Y lloré.

JEAN SÈNAC

Umberto Cobo



Nacido en Béni-Saf de Oran, Argelia, en 27 de Noviembre de 1926, de padre desconocido, luego de algunos estudios primarios trabajó en diversos oficios hasta cuando pudo ingresar en el ejército del aire, cerca de la capital, lo cual le permitió conservar sus vínculos literarios en la ciudad.

En 1946 conoció a Simone de Beauvoir y a Emmanuel Roblès, ingresó a la Asociación de Escritores Argelinos y creó el Circulo Artístico y Literario Lelian. Los dos

años siguientes, entre 1947 y 1948, Jean Sènac contrajo una pleuresía que trató en un sanatorio de Rivet, y comenzó su larga correspondencia con Albert Camus.

En 1949 hizo programas de radio, editó una revista multicopiada y publicó algunos de sus poemas. Luego de la creación de la revista *Soleir*, de la que publicó varios números en 1952 y merced a una beca, Sènac se trasladó a Francia, encontrándose con Camus y Char en París. Se hizo entonces defensor de la revolución argelina, publicando en la revista *Consciences algériennes* su famosa *Matinale de mon peuple*. De regreso en Argelia en 1953 creó la revista *Terrasses*, del cual salió sólo un número, pero con colaboraciones de Camus, Dib, Ponge, Yacine, Feraoun, Cossery y otros.

En 1954 el poeta abandonó las emisiones de radio, al tiempo que aparecieron sus *Poèmes* publicados en Gallimard con un prólogo de René Char. Durante los siete años de la guerra de liberación de Argelia Sènac permaneció en París, regresando en 1962 para publicar *Le Torrent de Baïn, Aux héros purs* (con el seudónimo de Yahia El-Ouahrani) y *Jubilation*, al tiempo que fue nombrado consejero del ministro de educación del gobierno de Ben Bella.

En 1963 inició un programa de radio que se haría muy famoso: *Poésie sur tous les fronts*, y publicó *La Rose et l'Ortie*. A la caída de Ben Bella en 1965 comenzaría para Sènac una sucesión de desgracias, teniendo que aban-

donar sus vínculos con la Unión de Escritores Argelinos y aunque publicó esos años sus libros de poemas y narraciones *Citoyens de beauté* (1967), *Lettrier du soleil* (1968) y *Avant-Corps* precedidos de *Poèmes iliaques* y el *Diwân du Noûn* (1968), en 1972, los mismos meses de la publicación de *Les Désordres*, la censura del gobierno de Boumediene, luego de una despiadada campaña de calumnias e injurias en los medios escritos y hablados, prohibió su programa radial, y habiéndose convertido en una figura pública, abiertamente opuesta a toda clase de prohibiciones morales y de expresión, fue asesinado por las fuerzas del régimen la noche del 30 de Octubre de 1973, en su pobre sótano del número 2 de la 2 rue Élysée Reclus. Fue enterrado el 12 de Setiembre en el cementerio de Aïn-Bénian, frente al mar y allí permanece.

JEAN SÉNAC

Leyenda

Albañil, yo bien podría ensayar serlo.
Las piedras no se rompen aquí.
Hace falta habituarse a los cardos azules,
a los cardos amarillos, hay mil especies.
Pero nunca llueve.
nunca jamás surge el sol.
Tierra fría y árida.
Hace falta un poco de saliva,
y aun así estaremos carentes.

El adiós

La soledad no es un arma,
es la muerte.
Comprende porque yo la sacudo,
porque me aferro a esos cuerpos
que pasan. ¡Una caricia contra mi vida!
¡Dejemos correr después esta agua que rompe!
¡Hemos de bañarnos en todo ese hielo!
Esta noche no hay mas que miradas
que se cruzan rápidamente,
manos que se separan, sorpresas,
un invierno que levanta los barrios.
La soledad no es un arma.

A G.

Esta conquista del cuerpo no es como una batalla sino como el mar cuando se precipita entre las rocas donde el alma centellea de peces y de erizos. Y este sueño que redondea: ¿mi poema o tu pecho? Yo no lo sé. El verbo charlatán cotilleo es este silencio agudo de la silla en su dardo. Las paredes son el libro donde tu me inventas mientras que entre nuestros brazos mil planetas se esponjan. Te amo y quisiera que las palabras sean precisas como tu piel a la hora en que el universo dice sí.

Diagrama de la miseria

Las palabras, las lanzo sin saber.
A la suerte del sol, de las gaviotas.
A la suerte de los sentidos deshojados.
Mis palabras, cuencos de manos ávidas.
Todas doradas de oro y vida.
Palabras funestas, palabras intrépidas
crines frías, melenas de caballo.
algunas palabras, quizás gotas,
a la suerte de la mañana,
de un labio que deseo beber.
Palabras, mis órdenes, mis vejaciones.
mis migas, mi animal subterráneo.
Para cortarlas con el buril,
bloque de dolor, memoria nula.
¡Las palabras!

Octava carta a Antoine

Ven, puesto que no eres más
que una anarquía de colores
indistintos.

Un fracaso de sílabas.

Un circuito dilapidado entre la sincopa y el oráculo.

Ven puesto que todo deseo es ceniza
bajo la ceniza.

y nuestros sueños
alambres de púas en las zarzas.

Ven

un desorden barroco ha librado
nuestra cama a los ropavejeros

Para nuestro viaje solo resta
una tabla de blanca madera
y un rodillo

Ven.

He convocado a los bárbaros.

Le aguardamos.

20 de noviembre de 1966

Jacques

Como podría haber un lugar para ti
en este corazón

¿Si tu eres este corazón?

Como le donarás su ritmo y su color

Pues que tu eres su sustancia ?

Como podrías estar presente

¿Si eres la presencia?
¿Tenerte?
¿Si eres la masa de mis células?
¿Verte?
Tu eres toda la vista en mi,
el centro de la mar,
la base del Obiou,
el secreto de mi tuétano y de mi impacto estelar.
Si tu murieses un día yo no lo sabría
Mi corazón cesaría de latir - Tu
Cesarías de latir.
¿Cómo?
Cómo saber puesto si mi conocimiento eres tu.
¡Oh, corazón!

VERANO BRISAS

Bebedizo

*¡No sé si elegir la copa transparente
y coloreada, o el vino sutil y purpurino!*

Las mil noches y una noche

Anda, dile al puto de Aretino
que prepare un bebedizo para mi rival.
No soportaré por más tiempo a mi querida
yaciendo en la cama de ese chulo desmadrado.

Quiero una pócima digna de los Borgia,
sin pizca de sospecha por encima,
pero que lleve en sus entrañas
los siguientes elementos mágicos:
Un cabello rubio de doncella agonizante.
Una onza de calavera, raspada.
Un trozo muy pequeño de costilla de sapo.
Tres dientes de comadreja joven.
Un cuarto de ojo de murciélago.
La mitad del ombligo de un niño muerto.
El himen de una virgen extranjera.
Un borde diminuto de la Túnica Sagrada.
Un moco fresco de nuestro Santo Padre.
Todo eso mezclado con buen vino
y los últimos orines de la condenada.

Luego, cuando el brebaje esté listo,

que el puto de Aretino lo traiga personalmente,
lo descargue sobre la mesa y lo sirva
en las copas que tendré preparadas para la ocasión.
Ese día, como invitados especiales,
estarán mi ramera y su grasiento amigo.

De todos modos,
como siempre debe andarse con precauciones,
aunque el bebedizo es infalible,
propinaré sobre la espalda de mis huéspedes
unos golpes bien certeros con esta daga de plata.

Poe

Príncipe de la alucinación,
del terror y de la muerte.
Campanero de la temeridad,
del opio y del alcohol:

Ya nadie quiere remover la tierra
donde yacen tus sueños,
repletos todos de sagrado horror.

Sólo quedan tus versos,
como una cuchillada
rondando en la oscuridad,
como duendes perdidos en la sombra
cantando su *delirium tremens*.

Nerón

Agripina no paraba en su deseo
de hacer danzar las saltatrices
al ritmo de la música imperial.
El viejo Claudio miraba aquella farsa
con sus ojos estáticos,
como clavado en el trono.
Británico había perdido la posibilidad
de ser coronado emperador,
no obstante los esfuerzos de su padre.

Fue así como tú, Lucio Dionicio Enobarbo,
cuyos vicios y excentricidades
fueron más producto de la época
que vocación personal,
te viste llevado a la suprema jerarquía
en medio de innumerables intrigas,
por los designios maternos.

Desoíste los consejos de tu preceptor
mostrando más amor hacia la plástica
que hacia las artes de la guerra,
más afinidad con la tragedia helénica
que con el teatro de los acontecimientos,
más sensibilidad por el canto de las sirenas
que por el tétrico alarido de los moribundos.

Gobernaste con relativa eficacia
sobre ese nido de víboras,
mejor que Calígula y Tiberio.
Lloraste desconsoladamente
cuando el incendio de Roma,
pero la calumnia prosperó
con el naciente cristianismo,
dejándote marcado ante la historia
como un ente feminoide,
endemoniado y pirómano.

Hoy que los ánimos caldean en otras latitudes
miramos tu decadencia con mayor serenidad,
y comprendemos porqué mientras caías
exclamaste desgonzado de amargura:
¡Qué gran artista pierde el mundo!

RAÚL ORLANDO ARTOLA

Algo así

Lo que veía no era de este mundo:
una mujer pegada

a una mujer

negada

sacrificio ritual desmesurado.
lo que dije no sé.

Ha quedado en mi lengua
un sabor a naranjas
a tropo de invierno

encalzetado

a sonido hueco y penetrante
a cincel

a trompeteras
a sorbetes al fondo
de un vaso vacío.

huída estás aunque no lejos
materia de reverberaciones
ocasión del prisma
del temblor.

qué será de mí
que no puedo dejar
de acecharte
de acunar tu deseo

suspense

la clara revelación de una

jauría

el vuelo rasante
del pulgar sobre la herida.
no vuelvas así te pido
mejor vienes

simplemente

y no preguntas nada

mujer

que ya no sepas.
y cuídate los pies
hay mucha sangre.

Régie

El bajo canta
su loor
a los barítonos.
Los tenores
lloran
en falsete.
La contralto
ataca
al bajo
que no lo puede
creer.

Construcción del día

El día me llama
pero tardo
en atenderlo.
Cierro las ventanas
amortiguo la luz
me abrigo un poco
vuelvo a dormir.
Construir el día
es tan laborioso
como hacer
toda la vida.
Desentumecerse,
un trabajo delicado.
Abandonar imágenes
del sueño,
breve dolor.
Todo tránsito cobra su peaje.
(No siempre se tienen
monedas a la mano.)
Cuando creo que el silencio
será suficiente
y la luz herirá menos
los recuerdos de la noche,
parto hacia el día,
ese viaje
de tantas estaciones.

Incorrección prolífica

Si digo que la palabra
es hembra
¿ofenderé?
¿mentiré?
Si digo que el texto
es macho
¿blasfemaré?
¿delinquiré?
Si digo que la palabra
es fecundada
con pluma de ganso
en la *tabula rasa*
de pieles invictas
¿pervertiré?
¿trastocaré?
¿seré castigado
por sacerdotisas
andróginas?
Ay, Señor, Dios
de las Tinieblas
del Deseo Imperfecto,
perdónalos
porque no saben
lo que dicen
que es lo único
que hacen.
Amén.

NGUYEN QUANG THIEU

Rezando a mi abuelo

Como una estatua de mármol negro,
mi abuelo se presenta
saliendo de la oscuridad.

Mi casa gira
a través de la infinitud del espacio
y la voz de mi abuelo
es el ruido de una llave de bronce
que cae por las habitaciones del tiempo
donde en algún rincón la historia de mi familia
yace escondida en un baúl.

La imaginación de mi abuelo se expande
por la casa
y las piezas se van ensanchando.
Las cuatro columnas de la casa no pueden dejar de crecer,
sus hojas en el jardín se convierten en manos de gigante.

Cada noche vuelvo
a su casa a medio construir
y espero que él emerja del mármol negro
para decirme
«eres tú que has crecido
más allá de mi imaginación».

Reminiscencia: Marzo

De noche escucho todavía los murmullos
de los narradores de cuentos en el campo.
Una casa blanca titila
entre otras casas blancas.

Mi madre
con el viejo dolor que le roe el estómago
no puede recordar
el camino que lleva de vuelta
al pobre dispensario donde yo nací;
hace veinte años que dormita
soñando con una casa donde cuelgan trapos blancos.

Yo trato de buscar esa casa en mis sueños
pero encuentro sólo incontables
otras casas maternas
con paños tendidos de lado a lado del cielo
y recién nacidos numerados
puestos en fila por la carretera.

Al contrario de lo que deseo,
siempre viene alguien en la noche
y blanquea todas las casas del mundo.

Las almas de las vacas

Partieron anoche
las vacas oscuras
hacia sus últimas praderas.

Toda la noche sus mugidos quejumbrosos
caían en el silencio de los campos.
Toda la noche su aliento
soplaba caliente como el verano.

Habían arado su último surco,
los yugos se les cayeron en la madrugada.
Dejaron las huellas de sus pezuñas
en los campos de este mundo.

Al amanecer se volvieron doradas brillantes
y desaparecieron en el sol.
Sólo quedaban sus mugidos en las tubas
en la capilla del pueblo donde los músicos
ensayaban una última vez
antes de la Semana Santa.

Ahora están sólo las nubes,
las almas de las vacas
que vuelan sobre los campos
donde pastan otras vacas.

Los vagabundos

Con los ojos abiertos hasta rajarse,
los vagabundos
no encuentran más el camino de su casa.
Se paran ante una pared
llamando a sus sombras por nombres ajenos.

Con sus sus cabezas encima de las hojas de un árbol
lloran sin cesar
con un sonido ronco como el viento.
Los vagabundos tocan sus sombras.
Se compadecen a si mismos
porque sus sombras no sienten nada por ellos.

Desde la oscuridad de una tienda de ropa
un maniquí mira fijo y sin sentimientos,
incapaz hasta de levantar la manga.

Los vagabundos buscan en sus bolsillos,
sacan papeles arrugados
que podrían ser poemas
o testamentos.
Pero los vagabundos no saben leer
las letras escritas en las sombras de sus papeles
en la pared.

Poeta

La cabeza agachada, en un sillón destartado,
está sentado en un silencio de muerte.
La última luz se desvanece lentamente en la ventana.
Se acurruca y su cuerpo se convierte en una oreja grande
que vibra con los sonidos secretos del universo.
Ya no existe separación.
Solo, hecho una oreja enorme, oye todos los
rumores del mundo.
Oye hasta el sonido de la espalda que se acuesta para
dormir, el sonido de la respiración que cesa.
Está rodeado de mucha gente que tiene oídos
en la cabeza pero esos oídos son sordos como
ofrendas de incienso o papel.
Se equivocaba cuando gritó, «Escúchenme».
La realidad se burló de él.
Nada puede consolarlo, ni siquiera la muerte,
y él tiene que vivir.
A veces se encoge ante los retos de hombres
que no son más que un par de pantalones rotos.
Su misión no es la de espantar moscas.
Es un hombre enloquecido por
el mundo tapado y tartamudo.
Lleva siempre cara de niño enfermo.
De noche su cabeza es una inmensa campana que se mece
haciendo temblar con su tañido árboles y cerros.

Para Nguyen Quyen

CARLOS ENRIQUE SIERRA

Mirada

En el espejo de la charca
el frío de la mañana

La hora
es ahora
la deshora

Aparecerá esta vez
cada vez
con una señal nueva
el rostro que debo portar
cada día

Lunes

Uno se acusa en el espejo
se condena a muerte
se fusila

Luego,
abandona el cadáver
y se va impune

a otro lugar

Petición

También el espejo
dirá lo suyo sobre mí

Me verá
hará su juicio
y será drástico en su amnesia

Trocará mi imagen
por otra

La hará reír
en frente de mí

La sombra del pez

En el fondo de mi alma
vaga huraño un pez oscuro

En los días buenos
tu vida corre a gritar por la calle

Pero el pez deshabitado
necesita de un instante
para oscurecer el lago

La felicidad fue una lluvia
de la que olvidamos guarecernos
mientras la sombra del pez
luchaba con la luz de nuestra alma

Página

La quietud es un rayo de sol
donde una mujer florece

Nublada luz de violines

Ecos del espejo
colorido de la infancia

La página de la ventana se abre al jardín

Rumor pedregoso del estado de sitio

El sol que me pinta una sombra
dibuja una mujer que se desvanece
en el silencio

MARCO ANTONIO VALENCIA

La segunda piel.

He mirado la noche y descubierto sus defectos. He mirado tus hazañas, la risa del condenado y la del hombre que nos envidia y el desprecio de la nostalgia.

La tristeza me allana cuando en la noche despierto y presiento que me piensas.

Estamos lejos. Muy lejos. Absolutamente lejos. Nada nos une, nada converge entre nosotros. Pero yo que soy un empírico reflexivo sueño, imagino, creo, sospecho, pienso y deseo que todo nos una aunque para tí, ser inocente a mis tormentos, estamos lejos y ni escuchar juntos el gorgoteo de un pájaro nos une.

He calculado la tarde para pedirte que cierres los ojos y darté la sorpresa. He disparado tres dardos a mis propias ilusiones, en mi lucha coja por obtener el reino que prodiga tu atención. Pero el río de la vida, ese río de garúas frías y músicas extrañas que pasa por hogar me ha dicho que debo esperar, y voy a esperar.

Profunda era tu indiferencia

Profunda era tu indiferencia,
pero la suerte me ayudó a descifrarla
me encontré con un banquete de prodigios,
de estatuas, de vagones, de basura

Ibas por ahí trazando melodías monocordes
en tu mapa de amores misceláneos
jugándote el paraíso a los dados,
domesticando silencios, dibujando temores

Siempre había alguien que te miraba o
te preguntaba por aquellas lágrimas invisibles
y siempre contestabas que eran impresiones,
conjeturas o apariencias infundadas...

Nadie sabía que siempre envías gestos
y mensajes con copias ocultas.

¿Qué hiciste de las rutinas y la mala suerte?

Quisiera saber qué hiciste con las rutinas y la mala suerte
o mejor, para qué te servían las noches,
los desiertos, el azar y los espejos.

Empecemos de nuevo: estudias o trabajas.
O mejor, ¿eres de las flores que bucean en el aire,
mapa del extraviado o una agenda
de cariños con nombre propio?

Es posible que mañana el periódico publique tu foto,
entonces se hace importante que conozca
al dedillo desde tus rutinas hasta el color...

Ya sé que no eres inmune a los embrujos
y te encantan los villanos.

Ronroneo como gato

Ronroneo como gato cuando reposas enamorada en mi pecho
mientras voy saqueando tu biblioteca de autores irreales

Murmuro rosarios de prodigios alucinados para alegrarte
mientras voy tejiendo en tus días mantas de abalorios

Organizo fiestas verbales con fantasmas que me habitan,
mientras voy pintando epifanías en tu cuerpo de muchacha

GONZALO ESCARPA

Poética

Hoy es mi cumpleaños, hoy no es mi cumpleaños,
encuentro lo que busco, no encuentro lo que busco,
antes solía darle muchas vueltas al mundo,
antes de las chaquetas, del humo y de los trapos.

En el fondo este vaso tiene fondo de vaso,
el amigo aquel supo retener lo que tuvo
y este barco ha seguido sabiamente su rumbo.
Por la ventana vuela lo que queda del año.

Seré por ti sincero, no sabré ser sincero,
me conformo con esta primera primavera,
con la carne primera, con el sabor primero.

Amo el aire de dentro, siempre respiro fuera,
te busco, no te busco, pero siempre te encuentro,
escribo este poema, no escribo este poema.

Circo

En este más descansado mirar,
en esta esquina súbita, dorada,
es la mejor y la única morada
la palabra, la pala, la pa, lá.

Empuja, puja, jala, late, la
tajada dadá, la libertad a
tiempo para el juego, la verdad a
través de la palabra, brasa sabia.

Suena a sobra sonora, pero es
luengo doblez de pez en equilibrio,
malabar de este circo del revés,

payaso dueño de su libre arbitrio,
sabor que probarás sólo una vez,
soneto terrenal que vuela. Vivo.

Juego a ser cojo

Bajo, deslizo la cabeza dentro
de una precisa y limitada máscara,
convierto el tiempo ido en una cáscara,
me retrotraigo: escucho el canto: entro:

juego a ser cojo: en la difusa ausencia
de mi pierna inventada está la pierna
de todos, la soñada pierna eterna
de los pasos del mundo y su presencia.

Es un juego cualquiera, pero tengo
certeza del azar cuando lo juego,
y juego entonces a que juego, y pierdo.

No es un juego cualquiera: haz la de rengo:
lo mismo al caminar que al echar fuego
azar y realidad están de acuerdo.

Metamorfosis en sor Juana

Un cuerpo de gladiolo, jaspe y jade
rayas en una efigie policroma
diez minutos tal vez de vacaciones
una selva de negra tez rizada
una aduana
una después de una, otra después
la luna
dos templos dóricos dorados
dos del mundo flamígeros oteros
dos vocales por rastro transparente humedecidas
un cuerpo con cien rayas que
dura más minutos que los templos
y mi amor como el niño que se a
cerca al cuchillo sin saber que le hiere.

Poema incompleto

Este frío me está
quitando las ganas de
y la ilusión por la
y el coraje de
y me está rompiendo en
Esta ausencia de los
este miedo a las
esta oscuridad en el
y estos días sin la
entienden cada vez más
la soledad de los
el silencio de la
el dolor en mis
y las cosas más

Ya no puedo terminar
ni siquiera mis
porque este frío me está
recordando los
haciéndome olvidar el
y volviéndome hacia

LUIS PANINI

Saliva extranjera

Si tan sólo pudiera sacudir el polen
que me estorba en la memoria
desgarraría a las más finas capas de este
disfraz de tierra acumulado encima de mi cuerpo
a los ventrílocuos les daría la oportunidad
de hacer descansar a los hirvientes ruidos
que se precipitan debajo de mi lengua
sólo entonces me prestaría a esta turbia
tradición de máscaras pintadas

Hoy deshbito los miedos y visto al animal
con el manto en el cual he bordado
las historias de tus sombras trepidantes
ya no hacen falta los suicidios
cierra los ojos e imagina un mundo sembrado
con puentes que conectan a los seres de uno
y de otro lado permíteme ocultarme un instante
bajo el pliegue de otro pecho
seguro que retornaré rendido a tu campo de amapolas
enjaulado y sudoroso habitaré entre tus costillas
y cuando por fin el viento me roce la cara con sus dedos
de tu cuerpo beberé la secreta miel
en mi boca escurrirá tu saliva extranjera

Detrás de la puerta

Detrás de la puerta
los dos vástagos se tocan
tiemblan los cerrojos
se acomodan el ansia
entre los dientes
Las manos
buscan descifrar
un mensaje en Braille impreso
sobre el pecho altorrelieve
el aliento a espasmos en su cuello las mordidas
la espalda tensada en arco perfecto los rasguños
palabras entrecortadas por jadeos

Sonidos
sonidos
notas repetidas
sonidos de piel contra piel
gritos de saliva
un concierto en la entrepierna

Sin título

Abre tu puño
deja que el cielo
se llene de pájaros

Nuno Júdice (Algarve, 1949), uno de los más leídos poetas portugueses de hoy, ha sido traducido a numerosos idiomas y recibido varios premio literarios, incluido el Pablo Neruda. Es profesor de la Universidad Nueva de Lisboa, donde se doctoró en 1989 con una tesis sobre Literatura Medieval. Sus **Poemas reunidos** merecieron el Premio de la Crítica en 2000. Con una presentación de João Rasteiro (Coimbra, 1965) y traducciones de Pedro Marqués de Armas (La Habana, 1965).

Jacques Prévert (Neully-sur-Seine, 1900-1977), luego de ser soldado en la Primera Guerra Mundial volvió a París donde participó en el movimiento surrealista. La publicación de su libro de poemas **Paroles** en 1946, fue un gran éxito. Ingresó entonces en el colegio de patafísica, donde alcanzó el grado de sátrapa en 1953.

Jean Sénac (Béni-Saf, 1926-1973), maestro, soldado y poeta amigo de Simone de Beauvoir, Albert Camus y Rene Char, en 1954 Gallimard publicó su libro **Poèmes**. Tras la caída de Ben Bella en 1965 tuvo que renunciar a la Unión de Escritores Argelinos. En 1972 el gobierno prohibió las transmisiones radiales de su programa *Poésie sur tous les fronts*. Fue asesinado por causa de sus ideas un año después. Versiones de Umberto Cobo.

Verano Brisas (Salgar, 1938), piloto, vendedor de seguros, teatrero y mago ha publicado **Cantos de Verano** (1987) y **León hambriento el mar** (2005) por el cual recibió el Premio Nacional de Poesía de la Universidad de Antioquia.

Raúl Artola (Viedma, 1947) entre sus libros figuran *Aguas de socorro* (1993) y *Croquis de un tatami* (2005). Dirige El Camarote – Arte y cultura desde la Patagonia.

Nguyen Quang Thieu (Ha Tay, 1957), estudió literatura en su país y en Cuba y es considerado el poeta más notable de Viet Nam, donde dirige en Hanoi, la revista *Van Nghe Tre*. En 1992 ganó el Premio de la Asociación Nacional de Escritores. Traducciones de Rowena Hill y el autor.

Carlos Enrique Sierra (Itagüí, 1967), ha recibido el Premio Nacional de Poesía León de Greiff por su libro **La estación baldía** (1998).

Marco Antonio Valencia (Popayán, 1967), es Maestro en Filología Hispánica de la Universidad de Madrid y profesor de Literatura en la Universidad del Cauca. Entre sus libros figuran *Los versos de la iguana*, (1999) y *El rastro de las ideas* (2004), año que recibió el Premio Nacional de Poesía Carlos Héctor Trejos.

Gonzalo Escarpa (Madrid, 1977), Licenciado en Filología Hispánica, dirige la revista fósforo www.revistafosforo.com. Durante años se ha dedicado a la gestión cultural y ha estudiado Arte Dramático y trabajado como actor y director en cine, teatro y televisión.

Luis Panini (México, 1978), hizo estudios de arquitectura en la Universidad Autónoma de Nuevo León y la Herbstakademie de Magdeburg-Stendal. Sus poemas se han publicado en diversos medios de México y Hollywood, donde reside.

LOS LIBROS DE ARQUITRAVE EDITORES

Luís Antonio de Villena
Francisco Massiani
8 poetas venezolanas
César Bisso
Elkin Restrepo
Affonso Romano de Sant'Anna
Rowena Hill
Charles Bukowski
Cristina Peri Rossi
Du Fu
Li Bai
Ferreira Gullar
Konstandinos Kavafis
Manuel Bandeira
Montale, Ungaretti y Quasimodo
Paulina Vinderman
Raúl Rivero
T.S. Eliot
Lawrence Ferlinghetti
Bob Dylan
Harold Alvarado Tenorio
Charles Baudelaire
Alberto Da Costa e Silva